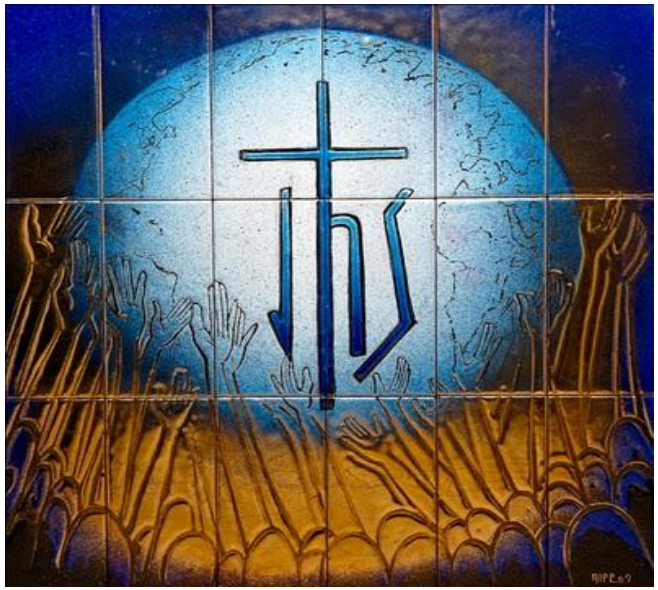
CONGREGACIÓN HIJAS DE JESÚS
WWW.HIJASDEJESUS.ORG

CURIA GRNERAL
VIA SAN GIOVANNI DELLA CROCE, 41
00166 ROMA

María del Carmen Cruz Tapia Fi



CINCO DÍAS

MOTIVACIÓN Y ESTRUCTURA

Tres han sido los motivos que me han llevado a este trabajo:

1. Acercarnos a las raíces de la Congregación. Es propio de los hijos investigar la historia familiar; recoger todo cuanto los padres les cuentan sobre los orígenes de sus antepasados; disfrutar leyendo cartas, documentos, testimonios, (anécdotas incluidas). A nosotras, Hijas de Jesús, nos interesa todo cuanto conforma nuestra historia congregacional, ya se trate de cosas agradables o de cosas tristes; todo ello nos resulta entrañable.

2. Prepararnos para celebrar el centenario de la muerte de la M. Fundadora. Cuando dejó, físicamente, a la Congregación, adentró a ésta en la plena madurez. Ni imaginar podían aquellas Hijas de Jesús cómo continuarían existiendo sin su presencia. Pero la realidad fue bien distinta. A la sorpresa inicial -por lo breve de la enfermedad última- y al dolor intenso por su pérdida, se unió enseguida un sentimiento de confianza de que Dios seguiría al mando de la Congregación. Al fin y al cabo «la obra no es vuestra, es de Dios», en palabras del P. Herranz. «*Y de la Virgen»* añadiría la Madre Cándida.

3. Revisar -una vez más- nuestro compromiso religioso, nuestro propio carisma dentro de la Iglesia. La actitud de la Madre ante la prueba suprema, la muerte; sus palabras estremecedoras, por decirlas en la hora de la verdad: «*Cuarenta años de vida religiosa, y cuarenta años todos para Dios*» hace que nos planteemos nuestra forma de vivir los votos. ¿Verdaderamente los vivimos con radicalidad, sin fisuras ni cicaterías?

La estructura es muy sencilla. Hemos dividido este trabajo en cinco partes, cinco breves capítulos que corresponden a los últimos cinco días de vida de la Madre Cándida. A éstos hemos añadido un capítulo más en el que reuniremos lo relativo a su entierro y funerales.

Nota: El “diario del colegio de Salamanca”, el “diario del noviciado: Mostenses”, el escrito firmado por D. Miguel Pereña Andrés quien -como Vicepostulador en el Proceso informativo para la Causa de la Beatificación (Salamanca, 1942)- recoge los testimonios hechos ante ese tribunal por muy diversas personas y los testimonios contenidos en la “Positio” han sido las fuentes utilizadas en este trabajo. Al intentar reorganizar cronológicamente los datos aportados por dichas fuentes nos hemos encontrado con algunas pequeñas contradicciones. Hemos optado por seguir el orden marcado por el “diario del colegio” por sentirlo más exacto ya que fue en esa casa en donde murió la Madre Cándida.

General de entonces y, ante el temor fundado de posibles "registros" políticos, comprometedores, tuvo que tomar una dolorosa decisión. Lo cuenta también Machiñena: "Cuando llegó la República la Madre General de las Hijas de Jesús, Eloísa Andrés, por temor, hizo quemar [telegramas y cartas], en el jardín del Noviciado. Yo ayudé a llevarlo y me disgusté mucho; había más de un saco de papel".

No nos extraña el sufrimiento de la Hermana. También a nosotras nos hubiera gustado conservar tantos testimonios de cariño y devoción.

> «No recuerdo a quién oí decir [es Petra Calzada quien testifica] que tres religiosas de otra Congregación y otras de la nuestra habían ofrecido su vida por la de la M. Fundadora; se recibieron muchísimas cartas y telegramas, tanto antes de morir como de pésame por su muerte».

Dios no quiso trueque alguno. Juzgó que la vida de la Madre Cándida había llegado a su fin y la llamó definitivamente a su lado.

Fiel testigo del Evangelio, con deseo constante de llevarlo hasta los últimos rincones del mundo. Fundadora de una Congregación de espíritu ignaciano.

Nos llama la atención que dos de sus frases preferidas, aquellas que mejor reflejan su pasión por Jesús y sus ansias misioneras, llegaran a nosotras a través de dos Padres jesuitas.

En Jesús todo lo tenemos. Nos transmite esta frase el P. Segura el 29 de agosto de 1928 en respuesta al P. Nazario Pérez que recababa de él datos para la biografía de la Madre Cándida que estaba empezando a escribir.

Al fin del mundo iría yo en busca de almas. Es el P. Herranz quien lo deja consignado en carta de 10 de agosto de 1894 como un deseo de la Madre expresada en carta anterior, a él dirigida.

Hoy, en la distancia-cercanía de los cien años de tu muerte, te invocamos:

¡Santa Madre Cándida María de Jesús, ruega por nosotras!

personas a este funeral parroquial. Asisten a él las hermanas del Noviciado, que "habían venido a las cuatro de la mañana para ser poco vistas del público en el trayecto".

Un segundo funeral se tuvo en la parroquia el lunes día 12, y el martes, 13, otro muy solemne en el colegio. "El celebrante, ministros, acólitos y cantores pertenecían a la parroquia". A esta misa-funeral también vinieron las hermanas del Noviciado igual que hasta allí se acercaron las hermanas del colegio para participar en la misa-funeral, "también de primera clase", que, a las diez de la mañana, el miércoles, día 14, se celebró en Mostenses. Aún estaban en Salamanca las superioras y hermanas de otras comunidades.

La prensa local y la de fuera -principalmente la del norte de España- se hicieron eco de la muerte de la fundadora de las Hijas de Jesús. Fueron muchas y muy laudatorias las cosas que de ella decían como "vivió en Dios, obró y trabajó por Dios, murió toda embebida en Dios".

Incontables fueron las cartas de pésame y los telegramas en los que se manifestaba la admiración, veneración y cariño hacia la Madre Cándida. Se leían en la *recreación*, después de la comida. A veces, también, en la que había sido su habitación. Así lo leemos en el diario del colegio: "14 de agosto. A las nueve y cuarto fuimos muchas Madres y Hermanas de este Colegio al Noviciado para asistir al funeral que allí se celebraba a las diez de la mañana, en sufragio del alma de nuestra amada y Rvma. Madre. Antes de bajar al acto, en la habitación de la venerable finada, se leyeron a las Superioras y algunas otras Madres las cartas de pésame que habían llegado ese día, de mucho consuelo para las Hijas de Jesús y de mucha honra para su Madre y Fundadora".

"Recibimos esos días muchas cartas y telegramas. Con todo ello se formaron tres paquetes".

¿Qué fue de esa correspondencia recibida? ¿Cómo fue posible perder un legado tan rico ?

La H. Machiñena, tan cercana a la Madre al estar encargada de su ropa y habitación, parece tener la clave del misterio. Ella dejó constancia de la existencia de un baúl con las pertenencias de la Madre Cándida. Lo había visto en la ropería pues por entonces tenía el cargo de ropera. Repleto, hasta cerrarse con dificultad, estaba el baúl. Ella llegó a ver, entre otras cosas, "un montón grande de pésames: telegramas y cartas" y asegura que eran "de Obispos, de Infantas [familia Real] y de otros personajes, de otros muchos personajes" Es fácil suponer que una de esas cartas de pésame procediera de la Infanta Isabel, *La Chata*, tan incondicional de la Fundadora. La Madre Isabel Comendador oyó decir a la Infanta en el colegio de El Espinar y delante de un retrato de la Madre: "¡qué santa era!". "¿Cuándo se introduce la causa de canonización?", les dirá otro día a las Hijas de Jesús que la visitaron en La Granja.

Llegaron más tarde tiempos difíciles para España. Era el año 1931. La Madre

AGOSTO 1912

5 LUNES

DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA MAYOR

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES

El lunes, día 5, se perfilaba como otro día más en aquel caluroso agosto salmantino de 1912. Todo parecía en orden en el viejo caserón de los Mostenses. El reloj de la casa marcaba las cinco y media de la mañana cuando la hermana campanera empezó su recorrido por los dormitorios del Noviciado. Agitando con fuerza la campanilla decía, como cada día y con el mismo tono monótono y audible, el *Benedicamus Domino,* replicado desde las camarillas con un *Deo gratias* comunitario.

También la Madre Cándida se había despertado y, al igual que siempre, había dado comienzo a su aseo personal, completado éste últimamente por la H. Machiñena. ¡Qué difícil le resultaba a la hermana ajustarle los zapatos! ¡Si apenas quedaba en ellos un trocito de cordón a fuerza de hacerle nudos cuando éste se rompía! No había manera de convencer a la Madre para que cambiara alguna prenda de vestir ya inservible por el uso. Ni siquiera los cordones de los zapatos. Para ella todo estaba aún en buen uso.

Nada hacía presagiar singulares y tristes acontecimientos. La Madre tomó sitio, como siempre, en la capilla para dar comienzo a la hora de oración diaria. Después, también como siempre, tuvo lugar la eucaristía celebrada por D. Juan José Hernández, nombrado recientemente capellán de la comunidad. Durante la misa se tocó el armonium, según mandato de la Madre Cándida, por ser el santo de la superiora del colegio. Ésta, María Igarategui, estaba allí presente. Precisamente aquel día iba a incorporarse a su comunidad del colegio de la calle de Zamora, después de haber pasado en el Noviciado una larga temporada de convalecencia. Se encontraba ya bien. La Madre Cándida junto con las demás madres del consejo general quisieron acompañarla en la comida festiva que el colegio estaba preparando con cariño.

Todo, en aparente orden. Sin embargo, para la Madre Cándida había comenzado la cuenta atrás. Despacio, pero sin pausa, inició los últimos trámites para dejar todo en orden hasta que regresara del colegio de la calle de Zamora. Nadie vio en ella nada que le llamara particularmente la atención.

Al salir de misa dio un efusivo abrazo de felicitación a la Madre María. Tras el desayuno subió al despacho solicitando en él la presencia de la Madre Perpetua Quirós,

procuradora general en funciones, ya que la anterior, Madre Josefa González, había renunciado oficialmente al cargo antes de embarcarse rumbo a Brasil. Fue una entrevista breve pero entrañable. «Después que me hizo algunas indicaciones sobre unos asientos me dio la bendición, me puso las manos en la cabeza con todo amor, y yo con ello [me retiré] muy satisfecha, pues siempre con su bendición sabíamos prácticamente que las dificultades desaparecían».

Fue la Madre Perpetua testigo presencial de aquellos últimos momentos de la Madre Cándida en su sencillo despacho. Ella nos cuenta cómo la Madre se arrodilló ante el crucifijo (regalo del marqués de Castellanos que presidía su mesa escritorio) y entró en oración. Fueron unos minutos intensos. Antes de levantarse, aún con los ojos cerrados y las manos juntas en actitud orante, inclinó la cabeza como para recibir la bendición de lo alto "y así se marchó para no volver más".

Eran poco más de las diez de la mañana cuando avisaban de la portería que el coche enviado por el colegio estaba esperándola. La Madre, siempre tan comedida y amable, no quiso entretenerse más e inició la bajada por la escalera interior. En el trayecto hasta la portería fue encontrando a unas y otras hermanas. «A todas iba despidiendo, bien con una mirada, unas palabras, un *adiós, hija mía* o un sencillo gesto, poniendo sobre su cabeza la mano».

Acostumbraba la Madre a despedirse de las enfermas aunque sólo estuviera ausente de la casa unas horas (¿o ella sabía que aquella iba a ser una ausencia definitiva?). Pero le urgían a salir ya y esta vez no tuvo más remedio que pasar el aviso a una enferma diciendo que la esperaba el coche y que no se podía detener a ver cómo estaba pero que ya la había bendecido. «Yo [dice Petra Calzada] ese día estaba en cama en este Noviciado; al despedirse de todas las de la casa me mandó a mí recado de que la esperaban y no podía subir a despedirme».

"Y así se marchó para no volver más", dejó escrito la Madre Perpetua. Pero lo escribió años después de aquel 5 de agosto de 1912. Cuando la Madre Cándida dejó ese día el Noviciado, ¿realmente sabía ya de su próxima muerte? Existen muchos datos que así lo confirman. Al menos durante su último año de vida algo había intuido sobre su cercano final. Consolación Irigoyen, entre otros testigos, dejó constancia de que en varias conversaciones privadas, en los recreos comunitarios, en los "capítulos de faltas" la Madre lo había dado a entender. En una conversación Don José Cadena y Eleta (obispo de Vitoria) le preguntó sobre las hermanas que cursaban la carrera de Magisterio, y dijo: «*Antes de que estas hermanas terminen su carrera de Magisterio, yo moriré*»; en un "capítulo": «*yo pronto moriré*»;y, en la cena, otro día: «*Esta vez [me] voy con gran pena de Tolosa*», al despedirse de esta comunidad para la que fue su última visita. Era el 9 de mayo de 1912.

Más sorprendió la contestación que en Salamanca dio en la salida de Ejercicios a una pregunta lanzada al aire por el P. Ángel García, el jesuita ejercitador: «¿Quién de nosotros será el primero que ha de morir?». Fuera ya de la iglesia éste se vio

marcharon la gran mayoría de los acompañantes, llegaron hasta el cementerio un buen grupo de personas presidido por D. Nicolás Rodríguez Aniceto. Ya junto al enterramiento, y mientras él recuperaba el IHS y el anillo, tuvo que estar muy atento porque algunas personas se iban acercando demasiado al féretro intentando "cortar algo del hábito de la Madre Cándida". ¡Siempre presente el desmedido amor a las reliquias en aquella sociedad de principio del siglo XX! Por fin se cerró la caja y la llave fue entregada a D. Nicolás. Éste, aún emocionado, pasó rápidamente por el colegio para a su vez entregarla, junto al IHS y el anillo, a las Hijas de Jesús.

Los restos mortales de su Fundadora quedaron depositados en la sepultura 203, propiedad de la Congregación. Cinco años más tarde los restos de las Hijas de Jesús aquí enterrados abandonaron esta sepultura de tierra húmeda para ocupar un nicho nuevo adquirido en el mismo cementerio. "Apareció entonces el esqueleto entero de la Madre Cándida con gran parte del hábito y los zapatos. Los huesos estaban todavía grasientos. Con todo respeto y veneración fue todo ello depositado en una caja nueva y depositado en el referido lugar".

Tuvieron que pasar otros cinco años para que se cumpliera el deseo, muchas veces manifestado por la marquesa de Castellanos: los restos de la Madre deberían dejar el nicho del cementerio común para pasar a ocupar un lugar privilegiado en el Panteón oficial de la familia Maldonado.

La traslación se realizó con solemnidad y veneración máxima el 9 de junio de 1922. Esta vez la comitiva iba precedida por la cruz parroquial y todo el coro de la catedral, canónigos y beneficiados. Y en esta ocasión las Hijas de Jesús sí pudieron acompañar, con velas encendidas, a su madre y fundadora. Los cantores de la catedral cantaron durante todo el trayecto el *Miserere* alternando sus estrofas con *responsos* entonados por los clérigos. Al llegar a la iglesia de Mostenses el féretro fue introducido en ella a hombros de los montaraces de los marqueses.

El 12 de mayo de 1996 la Madre Cándida fue proclamada en Roma **beata** por el papa Juan Pablo II. Unos días más tarde, concretamente el día 21 de mayo, sus restos dejaron su especial peregrinaje por la ciudad de Salamanca. Ese día un grupo numeroso de Hijas de Jesús presenciaron emocionadas cómo eran sacados los restos mortales de la Madre Fundadora de la urna-ataúd situada en el panteón de la familia Maldonado para depositarlos en una urna de madera bajo el altar de la iglesia de Mostenses. Desde entonces, innumerable son las personas que, en grupo o individualmente, se han postrado -continúan haciéndolo- ante esta urna, reconociendo públicamente, la santidad de la Madre e invocando su intercesión.

Pero volvamos al mes de agosto de 1912.

Aunque a raíz de la muerte de la Madre Cándida fueron varias las misas celebradas en la capilla del colegio de la calle de Zamora, los funerales se tuvieron el día 11, a las diez de la mañana, en la parroquia del Carmen. Como se habían escrito y mandado con tiempo las *papeletas o cartas de defunción* fue numerosa la afluencia de

Creo también recordar a D. José de Prada, del más sólido prestigio social y profesional, y persona religiosísima".

D. José Sevillano tuvo el privilegio -ya lo anotamos más arriba- de estar presente en el solemne Viático que se impartió a la Madre Cándida el día 7 de agosto. ¡Cuántas veces había asesorado a la Fundadora y cuántas había puesto a su disposición su tiempo y hasta sus bienes! Su último gesto de generosidad lo tuvo en los trámites de un espinoso asunto: la expropiación de parte de los terrenos pertenecientes a la huerta de Mostenses para la construcción del puente de Enrique Estevan. En aquel asunto el perito del Ayuntamiento y el asesor de la Madre habían tomado posturas bien distintas.

"23 de septiembre de 1908. D. Cecilio se disgusta porque interviene D. José Sevillano; se altera. La Madre se puso un poco fuerte defendiendo los derechos de la Congregación y D. Cecilio se aplacó y pidió perdón. Después llegaron los del Ayuntamiento, seis u ocho con el Alcalde, leyeron el documento con todas las condiciones y, estando la Madre conforme, firmó y recibió del Sr. Sevillano la cantidad total. D. Cecilio cobró sus honorarios y D. José Sevillano no quiso nada".

D. José de Prada, notario, cuando conoció a la Madre Cándida, también se sintió impactado por la fuerza humana y sobrenatural que ésta despedía y, desde ese momento, "se apuntó" al grupo de los amigos de la Fundadora.

Con los señores ya citados estuvo también el Sr. Conde de Monterrón, D. Agustín Aranguren Maldonado, nieto de los Marqueses de Castellanos como hijo de Dª Asunción Maldonado y D. Iván Aranguren. Fue este mismo señor quien, nada más conocer el fallecimiento de la Madre Fundadora, se había personado en el colegio de la calle de Zamora para pedir, en nombre de su abuela, el embalsamamiento de la Madre Cándida.

Ya comentamos la reacción que la muerte de la Madre Fundadora de las Hijas de Jesús había despertado en Salamanca. "El colegio, la calle en que éste estaba enclavado, la misma Plaza Mayor, estaban ocupados por un gran gentío". Tenían previsto colocarse en el cortejo -y lo más cerca del coche fúnebre- a medida que éste fuera avanzando. Pero, sin previo aviso, el cochero arrancó en dirección contraria a la Plaza dirigiéndose al cementerio por delante de la parroquia del Carmen. Sólo algunas de las personas que llenaban la Plaza tomando posiciones, las más ágiles, pudieron dar alcance a la sencilla carroza e incorporarse a la comitiva. Las demás, quedaron descolgadas del entierro

Mientras, las hermanas, con tristeza de huérfanas pero con fortaleza de Hijas de Jesús, quedaron en oración. Una vez que salió de casa el cadáver subieron al coro por la escalera principal y rezaron el *Rosario de quince misterios*, como sabían que la Madre rezaba cada día. Bien les hubiera gustado acompañarla hasta la última morada pero lo impedían las costumbres vigentes en su doble condición de mujeres y de religiosas.

En la puerta de San Bernardo -según costumbre- se despidió el duelo. Aunque

sorprendido por la respuesta firme y tranquila de la Madre Cándida que iba detrás de él: «*Yo seré la primera que muera*». Unos días más tarde, concretamente el 31 de julio, y también en Salamanca, comentaba la Fundadora con un sacerdote los nombres de las personas conocidas que en poco tiempo iban desapareciendo. En tono distendido el sacerdote le dijo: «Madre Cándida, cualquier día nos toca a nosotros» a lo que la Madre, poniendo la mano sobre el pecho, le replicó al momento: «*Sí, lo que es yo no tardaré mucho; pronto moriré*».

Y todavía, cosas más concretas y conocidas de todos. Después de su muerte la Madre Ángela encontraba bajo el tapete granate de la mesa, el que cubría los escritos diarios de la Madre, el sobre usado con una clara e imperativa frase a lápiz: «*Recoja todos los papele*s».

También encontraron en la mesa, bien visible, una carta dirigida al Balneario de Alzola en la que se solicitaba una habitación en la fonda. Llevaba allí una semana. La Madre no había querido mandarla al correo a pesar de la insistencia de alguna hermana. «¿Por qué no sale al correo la carta? ¡A ver si va a suceder lo que el año pasado, que no encontramos habitación!». A lo que tranquilamente les respondía: «*Ya, ya veremos; ustedes no se apuren»*.

Muy intuitiva resultó ser la cronista del Noviciado que, al resumir en el diario de la casa lo sucedido a finales de julio, escribe el día 29: "Pasados los días de Ejercicios salieron algunas superioras para sus respectivas colegios. La Rvdma. Madre sintió muchísimo que se fueran tan pronto a sus casas y parecía que… no sé lo que le pasaba".

Pero volvamos a la mañana del lunes, 5 de agosto.

El coche les esperaba en la puerta del corral. La otra salida, la que comunicaba con la calle a través de la huerta, estaba impracticable. La entrada se encontraba mal a causa de las obras. Había demasiado movimiento de tierras: excavaciones, derrumbes, levantamiento de muros de contención. Tras varios años de conversaciones y requerimientos se había llevado a cabo la expropiación forzosa de una parte de la huerta de los Mostenses. Era a favor del nuevo puente, el de Enrique Estevan, y de la calzada que unía éste con la calle de San Pablo. También se habían iniciado dos construcciones más: la iglesia del Noviciado (regalo de los marqueses de Castellanos a la Madre Cándida y a sus hijas) y el panteón familiar.

Acompañada de las Madres de su consejo subió la Madre Cándida al coche y éste arrancó. Más tarde, y a pie, se unirían a la comida en el colegio para festejar a la Madre María las Madres Gabriela, Dorotea, Josefa, Eugenia y la H. Petronila. Por delante iba el pequeño obsequio del Noviciado a la comunidad "de arriba", «porque la Rvdma. Madre era gustosa de que lo mandáramos».

Ya está la Madre Cándida camino del colegio. Es su último viaje y, como era su costumbre, lo hace en silencio. Un silencio que quiere ser oración. Calle de San Pablo arriba, con el vaivén del carruaje van aflorando los recuerdos. Se agolpan todos en su

memoria intentando hacerse sitio en ella. Porque son muchos, y fuertemente vividos, cada uno reclama su momento de atención. Es como si un foco de luz barriera en arco perfecto, instantánea pero profundamente, la propia historia de su vida atada, desde bien pronto y para siempre, a la historia de la vida de la Congregación.

Al pasar por la casa de la Concordia, ¿cómo no acordarse de los cuatro años largos allí pasados? Los días felices vividos en fraternidad; las primeras alumnas, pocas pero ávidas de saber, acogidas en las dos mejores habitaciones de la casa, con mesas y bancos rudimentarios (tablones y jornales: 397´50 reales); los primeros votos como Hijas de Jesús; la fundación primera en Peñaranda. También disgustos: la orden del Ayuntamiento de remeter la fachada; las barricadas hechas con los escombros en la primera República; Petra Piernavieja y su carácter agresivo; la expulsión de los padres jesuitas; la primera defección (Cipriana Vihuela); la primera muerte de una Hija de Jesús, la joven novicia Higinia Gil; las enfermedades varias… Junto a éstos recuerdos venían otros agridulces como la primera entrevista con el P. Herranz en Vigo, a donde llegó para "tomar las aguas" por prescripción facultativa, acompañada de Cecilia Hernández y Emilia Torrecilla (las tres, enfermas).

Los recuerdos se amontonaban pidiéndose paso con urgencia unos a otros.

El coche pasaba ahora por delante de San Esteban. No acertaba a recordar cuántas veces había acudido allí para asistir a los sermones que los dominicos tenían en esa iglesia. Recordó también la última entrevista, en el recibidor del convento, con el dominico Joaquín Pérez Pando. Aquel "su hijo en el espíritu" a quien ella ayudó a superar la crisis aguda de su vocación dominicana.

A mitad de la calle de San Pablo, y a la izquierda según se sube hacia la plaza, su mirada se posó en el palacio de los marqueses de Castellanos. ¡Sus buenos y leales amigos! Siempre, grandes bienhechores de la Congregación. D. Agustín Maldonado y Carvajal había fallecido tres años atrás, pero ella seguía manteniendo con Dª Rosario, la marquesa viuda, el mismo grado de cariño y confianza. ¿Cuánto hacía que no se veían? No demasiado. A punto estaba de concluirse la construcción del panteón familiar. Poco se imaginaba la Madre Cándida que un día sus restos mortales compartirían espacio con los de la familia directa de los nobles salmantinos por expreso deseo de Dª Rosario. Así de profundos eran los lazos de amistad entre ambas.

Por último, y ya muy cerca de la plaza, exactamente en la esquina que forma la calle de San Pablo con la de San Justo, pasa también por delante del comercio de D. José Campo. Este señor le había ayudado en la venta de la casa de la calle de Placentinos. La había adquirido poco tiempo antes buscando una casa más capaz y que fuera propia pero renunció a habitarla por la vecindad en la que se encontraba el inmueble. Bien sabía ella que aquella determinación le había de granjear la fama de fundadora poco dotada para los asuntos económicos, pero también sabía que la había tomado, como siempre hacía, después de consultarlo pausadamente con el Señor. «*Hacer en todo la voluntad de Dios, cueste lo que cueste*».

Con sumo respeto nos acercamos a aquellas Hijas de Jesús para acompañarles en esas horas de dolor. Ellas reaccionaban según sus sensibilidades y características. Sollozos, silencios preñados de contenido, quejas apenas musitadas, actos de fe y de resignación cristiana.

En el claustro, y delante de la escalera principal, se colocó el féretro sobre cuatro banquetas. Delante de él pasaron las Hijas de Jesús para dar el último adiós a la Madre buena. Lo hicieron en dos largas filas, desde la clase de párvulos, y guardando un riguroso orden: Madres del Consejo, Superioras de las Casas, comunidad del Colegio, comunidad de Peñaranda, Profesas del Noviciado y Hermanas Coadjutoras. Con velas encendidas, pasaban por delante del cadáver, se detenían unos segundos y se desplazaban hasta el otro lado del claustro, enfrente de la puerta de entrada. Ahora sí, ahora "todas lloraban a lágrima viva dando bien a entender en sus caras el dolor que las embargaba".

Precisamente en el descansillo de esta escalera principal, ocho años antes, había sido colocada una imagen de la Virgen, regalo de las alumnas del colegio con ocasión de la celebración del cincuenta aniversario de la proclamación solemne del dogma de la Inmaculada Concepción. Colgado quedaba al cuello de la imagen un corazón de plata con el nombre de las profesoras y de las niñas que entonces frecuentaban el colegio. Al subir esta escalera, siempre la Madre Cándida saludaba a la Virgen con una inclinación de cabeza y con una breve oración. Ahora era la Virgen quien despedía a la Madre Cándida, mejor dicho, a sus restos mortales pues a ella, a la Fundadora, ya hacía horas que la había estrechado en su corazón de madre.

Avisan que ya espera el coche fúnebre que apenas se ha hecho hueco para pasar entre la multitud de personas que ocupaban la calle de Zamora desde una hora antes.

Se acercan al cadáver las autoridades religiosas: el Sr. Provisor Eclesiástico, D. Manuel García Boiza; el Maestro de Ceremonias, D. Lorenzo Aniceto; el Confesor, D. José Montalvo (canónigo). Después de un *De profundis* y otras breves preces, se pone la tapa al ataúd y se inicia la comitiva fúnebre.

A continuación se sitúa la cabecera "seglar". Ésta la formaban las personas más allegadas a la Congregación, entre otras, D. Nicolás Rodríguez Aniceto, profesor de la Universidad e hijo de Dª Agapita Aniceto, amiga íntima de la Madre Cándida desde la llegada de ésta a Salamanca.

Como testigo en el Proceso dice D. Nicolás:

> "Yo asistí personalmente [al entierro] y junto al mismo féretro y fosa, hasta que se consumó su inhumación. Asistió al sepelio numeroso cortejo de todas las clases sociales: sacerdotes, hombres de negocio, universitarios, gente del pueblo… Algunos de los asistentes reflejábamos la veneración que sentíamos por la Madre. Entre otros recuerdo a D. José Sevillano, ya difunto, persona de gran relieve en el mundo de los negocios y por sus creencias religiosas.

ENTIERRO Y FUNERALES

"Pasó delante del cadáver todo el personal de las casas de Salamanca; hasta los criados de la huerta; a algunas de las impedidas las llevaron en coche".

Incluso algunas personas que estaban fuera de Salamanca se acercaron a la ciudad para rendir el último homenaje a la Madre, a la amiga, a la santa. Así lo testifica Dª Sofía Lamamié de Clairac:

> «Vine a visitar su cadáver, oré delante de él, pedí a las religiosas alguna reliquia y me dieron una medalla de su rosario, que era de Santa Teresa. El mismo día de la muerte regresé al campo».

"Alguna reliquia…". No era Dª Sofía la primera en recibirla. Años antes familias como la de Sabater y la de San José ya se habían hecho con una o con más. Las guardaban como un tesoro. Lo manifiesta así Mª Nieves Sabater Varona en su declaración ante el juez del Proceso:

> «Puedo afirmar que en nuestra familia conservamos como reliquias objetos que habían pertenecido a la Sierva de Dios. Siendo yo pequeña recuerdo haber visto en casa de mi tía Estrella y en la de San José que se valían de la conversación de la Madre Cándida para, sin darse cuenta ella, cortarle algún fleco de la faja del hábito de religiosa, cambiar los pañuelos y conservar estos objetos como reliquias».

Después de comer la comunidad siente necesidad de orar en común, reposadamente, y se distribuyen en dos grupos: las Madres van al coro para rezar el *Oficio de difuntos, con los tres nocturnos,* y las Hermanas Coadjutoras para rezar el *Rosario de quince misterios* en la cámara mortuoria.

Es fácil reconstruir esta escena ya que, después de cien años, se conserva la estancia esencialmente igual. En el centro de la habitación, y en el suelo, sobre un tapiz negro, la caja forrada de terciopelo guardaba los restos mortales de la Madre. En semicírculo las hermanas desgranaban pausada y en voz baja *padrenuestros* y *avemarías*. La luz de los cuatro hachones sobre candelabros de metal blanco iluminaban tenuamente el rostro querido. «Su cara había quedado sonriente y agradable» nos dirán las que la amortajaron...

Para las cinco y media del día 10, sábado, se había fijado el entierro.

Bastante antes comienzan los últimos preparativos. Se hacen presentes las autoridades para dar el pésame, de forma oficial, en nombre de la ciudad; se mostraban agradecidos por todo cuanto por ella había hecho la Fundadora.

El carruaje enfilaba ya la plaza mayor para, una vez atravesada, salir por el arco de la calle de Zamora. Frente al Ayuntamiento evoca su llegada a Salamanca acompañada del P. Herranz y de tres compañeras. Las estaban esperando Dª Jacoba y Emilia Torrecilla. A Gertrudis García, Petra Piernavieja y Cipriana Vihuela se uniría, pocas horas después, Juana Gómez. ¡Pobre pequeña!, pensó la Madre Cándida. Pasó muy enferma ya a la casa de la calle de Zamora y allí falleció, a los pocos días del traslado, el 10 de octubre de 1877.

Con un movimiento firme y seguro detuvo el conductor el coche a la misma puerta del antiguo palacio de Montellano, sede -desde 1877- del primer colegio oficial de las Hijas de Jesús, el salmantino "colegio de la Purísima". Las verjas exteriores de la entrada estaban abiertas de par en par, como todos los días. Quizá hoy, un poco más. Y desde más temprano.

Ayudaron a bajar del coche a la Madre Cándida ¡Aquella pierna que no acababa de curarse! Por lo demás nada denotaba aún la proximidad de la muerte. «Al llegar al colegio parecía estar plena de salud, alegre y comunicativa con nosotras», dejó dicho Rosa García, la buena de la "H. Rosita", la enfermera.

Hacia las diez y media entraba en la portería con sus acompañantes. «Entró la primera la Rvdma. Madre General, rebosante de salud y dulce satisfacción». Allí la estaba esperando la comunidad en pleno. Fue un abrazo entrañable el que se dieron la Madre y las hermanas. Después, con un "felicidades" y un "bienvenida" dicho desde el corazón, fueron todas abrazando a su superiora Madre María. Hacía algunos meses que faltaba de casa aunque casi todos los días una u otra hermana traía del Noviciado noticias. Ese día -nos dice el diario de Mostenses- "se tocó el armonium por ser el santo de la superiora, y la comunidad ofreció por ella la misa y santa comunión. En el desayuno hubo *Deo gratias*".

Con gran afecto miraba la Madre Cándida a la Madre María Igarategui. Se conocían "desde siempre"; las dos nacidas en Andoain. Durante tres años ésta había acompañado como secretaria a la Fundadora en sus numerosos viajes y con ella había compartido emociones, disgustos y confidencias. Emociones fuertes -y también fuertes disgustos- en Medina y en Tolosa. Quería mucho la Fundadora a la Madre María aunque ésta le hiciera sufrir con su temperamento difícil. ¡Esos cambios de humor sin una razón que los justificara! Son varias las hermanas que señalan aquella su manera de ser un tanto incontrolada. Entre otras, Joaquina Gómez quien, refiriéndose a la fundación de Tolosa, afirma que la Madre «sufrió continuamente por su carácter». Pero es la propia Madre María la que deja constancia de ello en el diario de Segovia, en clara referencia a sí misma: «Está disgustada la Madre con una hermana porque a lo mejor se pone seria y no habla». La Madre Cándida -bien lo sabemos- sentía una incomprensible pero real inclinación por aquellas personas que más le hacían sufrir. Tenía con ellas detalles sin cuento. Desde Roma, por ejemplo, se había dirigido a ella en estos términos:

«*Hoy le escribo diciéndole que mucho he pedido por usted en la basílica de Santa María la Mayor. Sí, hija mía, sí; allí a la Santísima Virgen de las Nieves pedí mucho, mucho, por usted, para que sea una verdadera Hija de Jesús y fiel imitadora de sus virtudes y después de esta vida tenga una hermosa corona en el cielo*» (5 de noviembre de 1902).

Volvemos a la portería del colegio. Tras el saludo -y según costumbre- subió por la escalera principal al coro acompañada de sus hijas. La vemos colocarse en el centro de la sillería y, de rodillas, entrar en profundo coloquio con sus dos grandes amores: Jesucristo sacramentado y su Purísima Madre. Hacía treinta y tres años que la imagen de esta Virgen presidía el retablo de la iglesia desde su camarín de honor. Nunca -decía la Madre- pagaría suficientemente al Sr. Obispo Martínez Izquierdo tal regalo. El tallista catalán había captado plenamente el querer de la Fundadora: «*Quiero una Virgen que inspire amor y devoción a mis hijas y a las alumnas del colegio*».

Se levantó la Madre Cándida. Su oración había durado unos diez minutos.

Salieron todas de la iglesia y, a través del claustro de arriba, entraron en el despacho, hoy parte de la biblioteca del C.M. "Montellano".

Una hora larga estuvieron allí "en conversación animada". Durante este tiempo fueron incorporándose al grupo algunas Madres de otras casas que se hallaban en el Noviciado y, entre ellas, la superiora del mismo. Recayeron las preguntas principalmente sobre asuntos congregacionales. La Madre tocó un tema muy querido: la presencia de las Hijas de Jesús en Brasil. Días antes, exactamente el 31 de mayo, había recibido una carta solicitándole una nueva fundación en el país: Caconde (estado de San Pablo). Cuando leyó esta carta a la comunidad del Noviciado -nos dicen- "lloraba de gozo al ver cómo Dios Nuestro Señor tanto protege a nuestro Instituto". Lágrimas de contento y de agradecimiento volvieron a brotar de sus ojos este lunes, 5 de agosto.

El reloj daba las doce y la campana de la comunidad llamaba a los rezos previos a la comida: examen y vísperas. La Madre Cándida ocupó su lugar en el centro del coro. No volvería ya a entrar en esta iglesia pero nadie tampoco, después de su muerte, volvería a sentarse en "el asiento de la Madre", la silla central de la sillería que ocupaba la parte trasera del coro. Era el tributo rendido a la Fundadora, un tributo hecho de cariño, respeto y veneración.

Todo parecía en orden. Había alegría en el ambiente. Las hermanas tenían preparados los brindis y bien ensayados los cantos de felicitación. Se dio prisa la Madre Cándida, en movilizarse, tanta, que llegó la primera al refectorio; no era su estilo el hacerse esperar ni el llamar la atención. Advertido esto por la Madre María "salió a meter prisa a las hermanas para no hacerla esperar más".

Se rezó la bendición acostumbrada y, ya sentadas, la Madre dio el *Tu autem*. Con agrado y sencillez comentó en voz alta los regalos que en el Noviciado habían hecho a la superiora del colegio. Replicó con humor la Madre María: que ya sabía con qué

enfermedad. La suplió la Madre Martina Gabirondo. Todas tuvieron el consuelo de verla, si no en el final de su vida, al menos muerta, y de compartir con las hermanas de Salamanca el dolor de aquellos momentos.

La noticia del fallecimiento de la fundadora de las Hijas de Jesús se extendió rápidamente por la ciudad. Era mucho lo que en ella se quería a la Madre Cándida. Comenzó así un desfile interminable. Personas de todo tipo y condición ocupaban pacientemente la calle de Zamora. Pequeños y grandes. Mujeres y hombres. Religiosos, sacerdotes, estudiantes y obreros. La fila ocupaba también buena parte de la plaza mayor. Entraban en extremo silencio en la casa y, ya junto al cadáver, unos se arrodillaban y otros intentaban acercarse para tocarla. Incluso hubo alguno que se atrevió a cortar un trocito de hábito. Una religiosa, la Madre Petra Calzada, tuvo que colocarse entre ellos para recoger pañuelos, escapularios, medallas. y posarlos suavemente por las manos entrelazadas de la Madre que estrechaban el crucifijo. Querían tener una reliquia, algo que llevara el perfume espiritual de aquella mujer que les había escuchado, atendido y hecho favores. Hablaban de favores especiales, de milagros. A alguna Hija de Jesús se le quedó grabada la imagen de dos sacerdotes jóvenes arrodillados junto al féretro durante un buen rato. Rezaban por la Madre; se encomendaban a ella. Antes de irse, visiblemente emocionados, se inclinaron para besar respetuosamente las manos de la Madre Cándida.

Si tal fue la reacción de la gente ante el fallecimiento de la fundadora de las Hijas de Jesús, ¿cuál sería el de éstas, sus hijas? A través de los diarios de las casas y colegios de la Congregación muchos son los sentimientos reflejados. Predominan -¿cómo no?- el sentimiento profundo del dolor junto al no menos profundo sentimiento de fe.

Hay sin embargo un diario que cuenta algo más que sentimientos. Es el de Segovia. Desde que se recibió la noticia, la oración personal y comunitaria se hizo especialmente intensa. Solamente se interrumpió un rato para la cena, hecha ésta en riguroso silencio. Después de ella regresaron a la capilla. Una, dos, tres horas… hasta que, ya pasada la media noche, una hermana, la H. Beguiristáin, exclamó en voz alta y potente. "Ya podemos retirarnos a dormir, la madre ya está en el cielo". Fue tal el tono imperativo, tal la seguridad con la que habló, que nadie osó ponerlo en duda. Todas se pusieron de pie y Madres y Hermanas fueron saliendo de la capilla. Tranquilas y muy consoladas. No sabemos la causa que produjo tal efecto. Quizá influyó el ser suficientemente conocido el pasado de la H. Beguiristáin. Aquella su actuación poco noble en los oscuros tiempos del colegio de Salamanca. Portera entonces en él, interceptó en varias ocasiones la correspondencia de la Madre Cándida e incluso llevó las cartas al Obispado. Su intuición, o una comunicación personal e interna que la hermana tuvo esa noche en la que la Madre murió, explicaría todo. ¿No sería una delicadeza más de la Madre Cándida hacia ella, haciéndole partícipe de su glorificación? En vida, al menos, fue una constante este su trato exquisito, cariñoso y cercano precisamente con las personas que más le hacían sufrir.

Consejo para disponer todo lo referente al entierro y a los funerales. Por telégrafo se comunicaba el fallecimiento de la Madre Fundadora al Cardenal Protector, a las superioras de las casas de España y de Brasil, a las personas de su familia carnal y a algunas otras especialmente amigas de la Madre Cándida.

Entre estas personas se encontraba el dominico Joaquín Pérez Pando. La Madre Ángela ya le había comunicado la gravedad de la enfermedad. Sabía que quería a la Madre como sólo un verdadero hijo puede querer. Así consta en la carta que éste le escribe nada más conocer su fallecimiento.

> "13 de agosto. Al salir de misa me entregaron la tarjeta mortuoria de la muerte de la Madre Cándida. ¡Lo veía y no lo quería creer! No me harto de llorar. Había dicho misa por ella. ¡Se ha muerto mi Madre Cándida! Suplico me digan la hora en que murió. Pero no, la Madre Cándida no murió; a mi Madre Cándida la tendré siempre conmigo toda la vida".

También fue informado de la muerte de la Fundadora Mons. Michael O´Doherty. Desde el día en el que conoció a la Madre Cándida, siendo Rector del Colegio de Irlandeses de Salamanca, había surgido entre ellos una sincera amistad. A ella le había impactado la disponibilidad y entrega incondicional de él y él quedó sorprendido por la sencillez y valentía de una mujer de ideas tan claras y de voluntad tan decidida. ¿Pues no se había presentado en el Colegio de Nobles Irlandeses pidiéndole que diera clase de inglés a sus religiosas? Puntualmente él estuvo bajando al Noviciado de los Mostenses varios días a la semana durante unos años. Antes o después de las clases saludaba a la Fundadora. Fue tal la sintonía entre ellos que, nada más recibir su nombramiento como obispo de Filipinas, bajó al Noviciado a comunicárselo. Era el 22 de noviembre de 1911. A la notificación añadió su deseo de que fundase en Mindanao. Él se comprometía a pagarles el viaje hasta allá. Años después D. Miguel (como le llamaba la Madre), obispo de Manila, deja constancia en el Informe sobre la Fundadora de las Hijas de Jesús de lo que ésta había supuesto para él:

> "Sentíase cierta especie de seguridad, contentamiento y gozo espiritual que parecía ser eco de aquellas palabras de los apóstoles dichos al Divino Redentor: *Señor, dichosos somos por estar aquí*. Yo considero como una gracia el haberla tratado".

Y aún añade una confesión más:

> "Por años he rogado en privado porque la Santa Madre Iglesia llegase a exaltar a la Madre Cándida, y a su intercesión he encomendado mi diócesis".

En la misma tarde del día 9 se presentó un nieto de la marquesa de Castellanos pidiendo, en nombre de ésta, que fuera embalsamado el cadáver de la Fundadora. "Por respetar la terminante disposición de la finada de que no se le tocara en lo más mínimo, no se accedió a ello".

Iban llegando las superioras de los colegios de España. Excepto la de Medina, por

ilusión los había estado esperando, «sobre todo el de la Rvdma., el de la vicaria general y el de la superiora de la casa y que bien les había advertido que tenían que ser buenos porque ella no se contentaba con poco».

En este ambiente familiar y alegre se dio comienzo a la comida. Sirvieron la sopa, especial como de "día de primera", y fue al terminar de tomar este plato cuando notaron cómo la Madre Fundadora empezaba a mirarlas con insistencia, una a una. "¿Qué significa esta mirada?", se pregunta la cronista del diario del colegio y, a continuación, recoge los comentarios que este gesto de la Madre, bien notado por todas, estaba suscitando: "¿No estará eligiendo personal para la próxima expedición?". Siempre Brasil en sus mentes y corazones. Hasta que…

Un nuevo gesto de la Madre atrajo su atención. Le habían servido un huevo pasado por agua y, al intentar cogerlo, le oyeron decir muy bajito: "¿Qué me pasa en esta mano que me tiembla?". "Algún calambre". "No, es otra cosa". Se miraba ahora a su mano izquierda y parecía mover el brazo con dificultad. Y como siempre, más preocupada por los demás que por ella misma, trató de serenar a las hermanas: «*No se asusten, hijas, sea lo que Dios quiera*».

La hermana que estaba a su lado, pensando que quizá estaban demasiado juntas (habían tenido que estrecharse un poco al ser tantas las invitadas), inicia un movimiento de retirada con su silla. Otra hermana -varias se dieron cuenta del incidente- se levanta y comienza a darle fricciones en el brazo.

Casi en tropel todas se van acercando a la mesa principal. "Al llegar a la Madre y notar que se le contraía el rostro con síntomas marcadísimos de parálisis, la consternación fue general".

La superiora de la casa se hace cargo de la situación y da las primeras órdenes con urgencia. Manda llamar al médico más próximo al colegio. Mientras llega, la H. Rosa, la enfermera, le pone sinapismos.

El Dr. D. Pedro Garrido se presenta al momento. Al ver a la enferma adopta una actitud de honda preocupación y manda que la lleven a su habitación lo antes posible para poder observarla mejor. Por su mucho peso, por su inmovilidad y por tener que subir dos tramos de estrecha escalera para llevarla al dormitorio, se opta por bajar de él la cama e instalar ésta en la sala de visitas situada en el piso de entrada. Con mil cuidados allí se la traslada. "Siendo el ataque tan fuerte no se le pudo quitar el hábito ni demás ropas con normalidad; sólo utilizando las tijeras. Pero veíamos a la Madre asombrosamente tranquila. Con mansedumbre y naturalidad se dejaba hacer".

El Dr. Garrido había hecho "un pronóstico desesperado: en casos semejantes de nueve mil, se salva uno" Después de recetar y de dar instrucciones a la enfermera, se retiró. Hacia las dos llegaba el médico de la casa quien confirmaba la gravedad.

Casi a la vez que al médico se había pasado aviso al confesor y al Noviciado. Habían terminado en éste la comida y aún no había comenzado el recreo. El siguiente

dato nos lo proporciona la H. Machiñena. «Estábamos haciendo nuestros oficios y recibimos el encargo: la Madre Joaquina Gómez y yo teníamos que ir al colegio de inmediato». En pocos minutos llegaban a la calle de Zamora. Justo a la puerta del colegio se cruzaron con el confesor de las dos comunidades, D. José Montalvo. «Hermanas, háganse a la idea de que la Madre Cándida está muy grave». Él había encontrado muy tranquila a la Madre, con mucha paz, les dijo.

Y sigue Machiñena en su relato: "Entré en el recibidor donde estaba y ayudé a cuidarla. Ella me reconoció enseguida y me habló con el mismo afecto de siempre. Desde ese momento hasta su muerte sólo dos horas me aparté de ella".

"Me conoció y me habló", eso era lo que tenía algo desconcertados a los médicos: que en un episodio de tan extrema gravedad no hubiera perdido la consciencia ni el habla.

Al verla, sin embargo, tan postrada una hermana se atrevió a decirle: «V. Rvdma. está mal». «*Sí, ya lo veo, me muero*». Y lo afirmaba con certeza y con tranquilidad, como si el asunto no fuera con ella o como si la muerte fuera un asunto menor.

Como veían que la situación era irreversible pensaron que algunas personas deberían conocerla. En primer lugar, sus hermanas carnales. Antes de llamarlas por teléfono para darles la noticia, e intuyendo su lógico deseo de venir a visitarla, quisieron, respetuosamente, hablarlo con la Madre Cándida. «*Que no vengan; no podrán entrar aquí; ustedes ya saben: sólo las personas facultadas por sus oficios (médicos, sacerdotes…) pueden entrar en clausura»*. Intervino su hermana Ángela: «Pero V. Rvdma. está en el recibidor y aquí no hay clausura». Con energía la Madre zanjó la conversación: «*Como estoy en cama, quiero que se considere así esta habitación mientras yo esté en ella»*.

Comunicaron también al Obispado y al Seminario la grave enfermedad de la Fundadora. Con rapidez acudió el P. Munárriz SI. Al verlo, la cara de la enferma se iluminó.

- «*Padre, ¡qué providencia de Dios! VR ayudó a morir al P. Herranz y ahora viene usted a hacer lo mismo conmigo»*.
- «Así es verdad, Madre Cándida, pero usted no se muere ahora». Con benevolencia acogió la Madre esta afirmación pero los dos sabían que el tiempo corría demasiado deprisa.
- «¿Se le ofrece a usted alguna cosa?»
- «*Nada, Padre, nada; Dios se lo pague»*.
- Insistió el sacerdote: «¿Tiene la conciencia tranquila?»
- «*Tranquilísimamente tranquila, pero écheme la absolución porque, cuantas más veces la recibamos, mejor*».

De rodillas, y dirigidas por la Madre Ángela, las hermanas rezaron el primer responso por su alma.

Después, una a una, fueron saliendo de la habitación. Sólo se quedaron para amortajarla Joaquina Gómez, Águeda Galdós, Rosa García y Machiñena.

Es fácil pensar que la H. Machiñena, mientras estaba vistiendo el cadáver de la Madre, recordara el cuidado que ésta siempre tuvo (y que siempre recomendó a sus hijas) de no salir de la camarilla sin vestir el hábito completo. Su estima de las cosas pequeñas en el vivir de cada día hizo que siempre las tuviera muy presentes. Era su manera sencilla y práctica (también mortificante) de demostrar a Jesús un amor vigilante y una fidelidad plena.

Muchas veces en los recreos comunitarios se había comentado este su deseo. Se contaban variadas anécdotas. Entre todas, ninguna quizá tan significativa como la referida por la H. Dolores Ugartemendía. La contaba con todo lujo de detalles pues decía haber estado presente en aquel momento aunque la protagonista fuera la H. Gertrudis.

"Estando ésta de portera en el colegio una temporada pequeña (pues enseguida a ella y a mí nos destinaron a Tolosa) una mañana en que la Madre llegó de viaje, la hermana portera, con la precipitación y por salir más pronto, se puso el hábito solamente, sin la toca, cubierta la cabeza como la tenía en la cama. Quería abrir pero, por más esfuerzos que hacía, imposible, la puerta permanecía cerrada y entonces la Madre dijo una cosa así: «*Si usted estuviera como debía, ya abriría la puerta, ya»*. Se dio cuenta la hermana, marchó a ponerse la toca, y abrió sin dificultad".

Hábito completo, pues, pensaba Machiñena. Con esclavina y velo, fajín, IHS, y hasta el anillo y el crucifijo que colocó entre sus manos. Conservamos testimonios que confirman todo esto y que ya comentaremos más adelante.

El cadáver, una vez arreglado, se colocó en una caja recubierta de terciopelo, sobre un gran tapiz negro, en medio de la sala de visitas. Cuatro hachas de cada lado en altos candelabros de metal blanco ardían en la estancia.

No dicen los diarios quiénes velaron aquella noche a la madre muerta. Con seguridad podemos decir que todas sus hijas, las de la casa, quisieron hacerlo. Ya no había peligro de "robarle" el oxígeno o de causarle molestia alguna. Por eso allí estaban todas. Como una piña. Según sus posibilidades físicas, de rodillas, de pie o sentadas, rezaban y recordaban… ¡tantas cosas! La Madre las había tratado siempre a todas y a cada una como a hijas únicas. Con manifiesto amor materno las había mimado y reprendido; las había acogido y escuchado; las había animado y, sobre todo, las había hecho en cada momento sentirse felices.

Tomaba la casa un ritmo nuevo. La Madre Vicaria General recibía el certificado facultativo de la muerte de Cándida María de Jesús, Fundadora y Superiora General de las Hijas de Jesús: "*congestión cerebral con derrame*". A continuación se reunía con su

AGOSTO 1912

9 VIERNES

SAN ROMÁN

Amanecía el 9 de agosto. Era evidente que las fuerzas iban abandonando a la Madre. Cada vez costaba más entender lo que decía. Sin embargo mantenía la lucidez; hasta el final fue consciente de lo que concernía a ella y de lo que acontecía a su alrededor.

Las Madres le ponían rosarios y pequeños crucifijos en sus manos para tener el consuelo de conservar algo que hubiera tocado en su última enfermedad. En lo que tuvo movimiento siempre llevaba esos objetos a los labios.

Así pasó el día hasta las cuatro de la tarde. Se avisó a las hermanas. Ahora sí que se hacía presente el final de una santa vida. Reunida la comunidad se rezaron de nuevo las *letanías de los moribundos*. Era el momento de leerle la *recomendación del alma*. Una vez más fue su hermana Ángela quien se adelantó a hacerlo. No había ningún sacerdote y las demás hermanas no tenían valor para hacerlo. La leía con voz clara y pausada, conteniendo la natural emoción. Después, espaciadamente, le decía *jaculatorias*. Hasta el último momento.

La Madre Cándida entraba ya en la agonía pero era ésta una agonía plácida, serena. No se detectaba lucha de ninguna clase. Su respirar era suave, sin fatiga.

Serían las cinco menos cuarto cuando llegó el coadjutor de la parroquia a reservar el Santísimo pero antes entró en la sala mortuoria. A tiempo para dar la última absolución y presenciar el último suspiro de la Madre Fundadora.

Las hijas, de pie, se apretaban haciéndose sitio unas a otras formando un círculo estrecho en torno a la cama. Silencio total. Lágrimas contenidas. Oración profunda. Solamente se oía la respiración de la enferma cada vez más apagada. Hasta que la voz grave y emocionada de la Madre Vicaria General exclamó: “Ya expiró la Madre”. Y todas se hincaron de rodillas.

“A eso de las cinco de la tarde…” “Eran las cinco y cinco minutos”, precisa la cronista del Noviciado allí presente.

Internamente un estallido de luz y felicidad había envuelto a la Madre Cándida al pisar el umbral de la vida verdadera. Externamente se quedó como dormida, con el crucifijo en la mano.

Con una última sonrisa de despedida quiso también agradecer al P. Munárriz su dedicación a una obra que ella había llevado en su corazón desde los primeros y ya lejanos años de la fundación: la Escuela Dominical.

Los diarios del colegio de Salamanca dejan constancia -desde 1898- de que el P. Munárriz atendió con sumo gusto esta Escuela: “31 de julio de 1898. Hoy, domingo, bajaron las hermanas a la Escuela Dominical y vino a tener la plática a las chicas el P. Munárriz y después estuvieron saludándole la Rdma. Madre, Madre Antonia y Madre Mª Dolores”. Nombrado vicerrector deja la Escuela -y no del todo- unos años, hasta que encontramos de nuevo su nombre el 15 de mayo de 1905: “vienen el P. Segura y el P. Munárriz que vuelve a encargarse otra vez de la Escuela”. Así seguiría hasta el 6 de agosto de 1911.

Sabiendo esto, a nadie sorprendió la amplia y significativa sonrisa de la Madre Cándida a aquel venerable jesuita.

Con su presencia le había traído el recuerdo del querido P. Herranz. Mejor dicho, no se lo había traído sino reavivado porque nunca lo había retirado ni de su pensamiento ni de su corazón.

Mucho le había costado a la Madre Cándida la ausencia del P. Herranz:

«*El más grande sacrificio / que me puede Dios pedir,*

Padre del alma querido, / es vivir lejos de ti».

En sus poemas íntimos le llama «*prenda de mis ojos*», «*paño de lágrimas mío*», «*arca salvadora donde encerró sus secretos esta pobre Fundadora*».

Con sinceridad ignaciana llama a las cosas por su nombre, sin disimulos ni ambigüedades. Pero también, con fidelidad al carisma de San Ignacio, doblega su querer al querer divino:

«Si *no es posible esta gracia [la de tenerlo cerca],*

¡oh Jesús!, desde ahora accedo.

Quiero ser muy grande santa y después verle en el cielo».

A punto estaba la Madre Cándida de entrar en el gozo de su Señor y, en él y con él, disfrutar de la compañía del P. Herranz. Eternamente. Sin cortapisas humanas.

Después del P. Munárriz llegaría el P. Argüelles, también jesuita, quien se encontraba casualmente en Salamanca. También lo reconoció la Madre Cándida y a él dirigió palabras de agradecimiento: «*Padre, ¿usted también a visitarme? Cuán reconocida le estoy por lo muchísimo que usted ha hecho por nosotras*».

Aunque parecía revivir con estas visitas la realidad se mostraba tozudamente contraria, tanto, que “se determinó administrarle la Santa Unción”. Eran las nueve y media de la noche. Se avisó con urgencia a la parroquia del Carmen y al momento se presentó el coadjutor, D. Manuel Cuesta Jiménez. Se avisó asimismo a la comunidad -¡cómo no!- pero advirtiendo que era mejor que no acompañaran a la enferma en ese

momento. Se temía agobiarla y quitarle oxígeno. “Era cosa notable la lucidez y sosiego con las que iba repitiendo, en latín, la fórmula de todas y cada una de las unciones”. Madres y Hermanas pasaron al coro para rezar, mientras, las letanías de la Virgen y de los Santos, pidiendo fervientemente la salud de la Madre.

Todas se ofrecían para pasar la noche a su lado pero pareció más conveniente que se quedaran velándola la Madre. Vicaria (Ángela Cipitria), la superiora de la casa Noviciado (Josefa Uranga), la maestra de Novicias (Joaquina Gómez), la superiora de Pitillas (Dorotea Urteaga) y la H. Machiñena. Subieron las demás a sus habitaciones, tristes pero con la certeza de que serían avisadas si algo sucedía.

Josefa Uranga no lograba apartar la vista de la Madre Fundadora. Recordaba aquel día en el que se había atrevido a decirle, con tono filial, lleno de confianza: «Yo querría ver la muerte de V. Reverendísima». Rápida había sido la respuesta de la Madre: «*Ya sé por qué quiere usted ver mi muerte. Morir ya me verá usted.*», para añadir con aquella mirada intensa, profunda, que leía los corazones descubriendo las verdaderas intenciones: «*Lo que usted desea ver no [lo] verá usted en mí. Me moriré como las demás. No verá usted ninguna cosa extraordinaria*». Así parecía ser, pensaba la Madre Josefa. Dijo que “como las demás…” ¿Se morirá esta noche? Su angustia se veía atemperada por la placidez que desprendía el rostro de la fundadora.

¿Qué estarían pensando las demás acompañantes durante las largas horas de vela en la noche-madrugada del cinco al seis de agosto?.

Su hermana carnal, la Madre Ángela, entonces Vicaria General, veía cómo, a medida que pasaba el tiempo, su confianza en Dios iba robusteciéndose. Es verdad que su jaqueca habitual se estaba haciendo presente esa noche pero ¿de qué quejarse viendo sufrir tanto a la Madre? Recordaba… bueno, eran muchos los recuerdos; y todos querían hacerse presentes. Uno sobresalía: aquella lejana tarde segoviana de 1889 estaba en la iglesia rezando cuando oyó detrás de ella la voz inconfundible de su hermana: «*Es voluntad del Señor que se quede usted al frente de la casa»*. Lloró, suplicó, pero en vano. Ante el querer de Dios la Madre Cándida nunca cedía. Ahora se encuentra, casi huérfana, ocupando el número dos de la Congregación. Pero el temor ante esta grande responsabilidad ha dejado paso a una enorme paz. Es como si la Madre Fundadora pusiera la mano sobre su cabeza trasmitiéndole seguridad y fortaleza. Esta extraña percepción -virtual- se haría realidad dentro de pocas horas.

Sentada también frente a la enferma estaba la Madre Dorotea Urteaga. No acababa de entender por qué Dios le estaba regalando la gracia de ser testigo excepcional de aquellos momentos históricos. ¿Sería por estar desempeñando el servicio de superiora en el colegio de Pitillas, el último colegio fundado por la Madre Cándida?.

A su lado, igualmente expectante, se hallaba la Madre Joaquina Gómez quien, desde 1903, ejercía de Maestra de novicias en el noviciado de los Mostenses. Compañera y secretaria de la Madre Fundadora durante los primeros años, gozaba de su confianza y amistad. Nunca le agradecería suficientemente el cariño que le demostró

inteligentes de la Madre Cándida era otra. Su personal, última y definitiva empresa vital. Para ella invocaba la protección de la Virgen.

Intervino después el compañero del P. Munárriz quien supo arrancar de la Fundadora una de sus frases más significativas.

- «Madre Cándida, consuélese; con tantos años como lleva en la vida religiosa…»

- «*Y todos para mi Dios*».

Se le aplicó más tarde la Bendición Apostólica y de nuevo el silencio volvió a reinar en la estancia de la enferma.

Al atardecer del día 8 le sobrevinieron vómitos violentos. Las hermanas presentes, creyendo llegada la última hora, avisaron a la comunidad que bajó presurosa a las once y media. La Madre Ángela, con entereza y serenidad, inició el rezo de las *letanías de los moribundos* y otras muchas oraciones. Hasta las tres y media de la madrugada, en la que se dio orden a la comunidad de que se retirase a descansar.

La Madre no volvió a hablar más que monosílabos cuando le preguntaban algo. Se notaba que oía.

Paso a paso se iba acercando el momento crucial. La Madre Fundadora se mostraba tranquila, «*tranquilísimamente tranquila*».

- «*Aumento de espíritu y aumento de personal*».

"Después, según nos íbamos acercando a ella, nos decía lo que exactamente nos convenía y nos retirábamos persuadidas de que se había de realizar. Lo que a mí me dijo -escribe Machiñena- que era sobre mi perseverancia en la religión, hasta ahora se ha cumplido".

Eran pequeños diálogos entrañables que todas los recordarían una y otra vez y que los trasmitirían vivos aún, como si los acabaran de recibir, a las siguientes generaciones.

- «Estamos pidiendo para que se ponga buena».

- «*Lo que Dios quiera, lo que Dios quiera*».

De rodillas junto a su cama estaba la Madre Ángela tratando de dominar su emoción. De pronto se hizo real aquella sensación que tuvo la noche del 5 al 6 de agosto mientras la estaba velando. Ahora sí, ahora era cierto lo que entonces intuyó o deseó: la mano de la Madre Fundadora se había posado sobre su cabeza inclinada. No se dijeron nada. ¿Fue éste un gesto significativo? Premonición y sanación. Premonición de que un día la sustituiría al frente del gobierno último de la Congregación. Iba a necesitar fe, fortaleza, salud. Por eso también fue un gesto de sanación ya que desde ese preciso momento quedó libre la Madre Ángela de sus continuas y molestas migrañas.

A media mañana había vuelto a visitarla el P. Munárriz acompañado de otro Padre jesuita.

- «¿Sabe la Madre Cándida qué día es hoy?»

- «*¡Y cómo no, Padre! Bien me acuerdo de que hoy es el día de nuestra Purísima Madre*».

Y mientras decía esto, y como expresión de amor filial, besaba la medalla del rosario que estrechaba en la mano.

No es arriesgado afirmar que, una vez más, y en silencio, recitaría la Madre la última estrofa de aquel poema a la Virgen, escrito en los primeros años de la fundación y que encontramos en sus *Apuntes*:

«*Y pues que me ves tan sola*
en la empresa comenzada
sed mi dulce ayudadora
no me dejéis, Madre amada».

Muy atrás quedaba aquella empresa congregacional, comenzada "bajo el amparo y protección de la Purísima Virgen María". La que se abría ahora ente los ojos

cuando "lo de la vista", aquella grave operación en la que le vaciaron un ojo, en mayo de 1903. La Madre quiso acompañarla a Madrid y no regresó a Segovia hasta verla algo repuesta. Se mostró con ella como verdadera hermana. Ahora la Madre Joaquina rezaba una y otra vez el Padrenuestro poniendo especial énfasis en el "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Era ésta una de las lecciones "indirectas" que le había dado la Madre. Siempre le había llamado la atención la fuerza que la Fundadora ponía al pronunciar esas palabras demostrando la plena conformidad que tenía con la voluntad divina.

La quinta vigilante era la H. Machiñena quien no paraba quieta en su asiento más allá de diez minutos. Incontables fueron las veces que recorrió durante la noche el pequeño trayecto que la separaba de la Madre enferma. Sentía sobre sí la responsabilidad última de atenderla como enfermera ya que había sido su "asistente" hasta entonces.

Pasó la noche relativamente bien, como si la recepción del "sacramento de los enfermos" la hubiera aliviado algo. Varias hermanas recogieron pequeños-grandes detalles presenciados durante aquella noche y durante los días siguientes. La Madre no se quejaba. Tampoco pedía nada. Si algo le daban lo recibía complacida. Si le decían «¿quiere esto o lo otro?», «*como usted quiera*», contestaba. Mantenía su norma de conducta habitual: "nada pedir, nada rehusar". No tomaba cosa alguna que antes no la ofreciera a Dios. Según le daban las cucharaditas de agua iba diciendo: "esta para Jesús; la segunda para María; después, para San José; santísima Trinidad; cuatro evangelistas; cinco llagas; los dolores; coros de los ángeles, etc". Ella llevaba bien la cuenta.

Desde el primer momento del accidente la Madre Cándida había sido consciente de la gravedad del caso. «*Como D. Primitivo»*, le oyeron decir en un tono perfectamente audible pero sosegado. Hacía tan sólo dos meses (9 de junio) que D. Primitivo Vicente, Director de las Siervas de San José, había fallecido inesperadamente. El hecho había causado una gran conmoción en Salamanca. "A las cuatro de la tarde salió de su casa y a las cuatro y media era cadáver. En la catedral misma. Mientras esperaba, junto a los demás canónigos, que el reloj diera la hora para entrar a coro. Derrame cerebral. Sólo hubo tiempo para darle la absolución general".

Recordó en estos momentos la Fundadora cómo, en sus primeros tiempos salmantinos, y por mandato de dos Padres jesuitas, Bombardó y Butiñá, (pues ella cuando se lo propusieron opuso resistencia) había recibido en su propia casa a una señora que intentaba fundar una nueva congregación. "Al principio la mencionada señora (Ascensión Pacheco) iba diariamente a casa de las nuestras donde pasaba algún tiempo con nuestra Madre Fundadora, recibiendo instrucciones acerca de la obra que proponía fundar. La religión fundada por esta señora fue la de las Siervas de San José y tanto la Madre Bonifacia que sustituyó a dicha señora en el gobierno como la Madre Anita siguieron tomando consejo de nuestra Fundadora". Sucedió esto muchos años atrás, hacia 1874. Después, no hay datos en los archivos ni de una ni de otra Congregación para poder asegurar que hubo nuevos encuentros. Pero les seguía uniendo su entrega fiel a la voluntad de Dios en la extensión del Reino.

AGOSTO 1912

6 Martes

TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR

No había amanecido aún cuando, una a una, Madres y Hermanas fueron entrando en la habitación. Parecía que la enferma se encontraba despejada aunque repetía insistentemente lo mismo: necesita levantarse, quiere levantarse.

Pronto recibe la visita del Dr. Bustos quien mantiene el fatal diagnóstico: es sumamente grave e irreversible.

Fue entonces cuando se acuerda comunicar a las superioras de los colegios de España la triste noticia de la gravedad de la Madre Fundadora. Se telegrafía a las hermanas de Brasil. También se pasó aviso a Vicenta San José y a Dª Rosario. Y se escribe a todas las comunidades religiosas de la ciudad, femeninas y masculinas, más a los obispos, santuarios de mayor devoción, sacerdotes y comunidades conocidas fuera de Salamanca. Se necesitaban oraciones. Era urgente recabar de Dios la gracia de la salud de la Madre Cándida.

Fueron muchas las personas que llegaron al colegio para interesarse por su salud y algunas -según las normas de clausura- las que pudieron acercarse a su lecho. La Madre conoce y habla atinadamente a cuantos se acercan a ella.

Cuando le anunciaron la visita de D. Manuel Boiza, Provisor de la Diócesis y canónigo, tuvo una reacción muy positiva. Después de los saludos y mirándole con interés, dijo a quienes la acompañaban señalando a D. Manuel: «*Yo quería decirle a solas una cosita*».

Por algunos testimonios sabemos del enfrentamiento habido tiempo atrás entre ambos. Elegimos el de Dolores Ugartemendía por parecernos muy explícito: "Había tenido la Madre Cándida alguna diferencia, no sé si por cuestión de cánones o por pláticas. Lo que sí sé es esto: Habiendo obtenido la Sierva de Dios (S. de D.) de Roma, según entendí a D. Ramón Barberá, canónigo, licencia para la comunión diaria para las religiosas con tal de que observaran bien la disciplina, como la S. de D. era la responsable de esta disciplina, nosotras íbamos a decirle si podíamos comulgar, y ella nos lo concedía o nos lo negaba. El Sr. Boiza creyó que esto era anticanónico y lo censuró públicamente en sus pláticas a la comunidad y puso verde a la S. de D. que estaba presente; yo también estaba presente con otras muchas y lo sentimos mucho. "¿Cómo obrará así este señor? ¿Cómo no se lo dirá, si algo tiene que decir, aparte a la Madre Cándida?". Así nos decíamos. La Madre Cándida no dijo ni pío. La comunidad ya

salía aquel *Veni, Sancte Spiritus*. Muchas veces se santiguaba y persignaba y se le veía el movimiento de la mano dándose golpes de pecho. Rezaba el *Ángelus* al sonido de la campana, el *Ave María* y las *letanías* de la Virgen en alta voz. Después, como se le indicara que sería mejor rezar bajito o sólo con el corazón, ya sólo se le notaba mover los labios".

Con frecuencia se santiguaba y "echaba bendiciones", como acostumbraba, a sus hijas y a todo cuanto ocupaba su gran corazón. Al principio con el crucifijo grande y sola; después, ayudada y con el pequeño.

"Creyéndose sin duda sola empezó también a darse golpes en el cuerpo con la mano sana a falta de instrumentos de tortura, contando, como si fueran dados a modo de disciplina: uno, dos, tres… Las hermanas, admiradas y sorprendidas, miraban a la Madre Ángela. Se levantó ésta, se acercó a la cama y le dijo con mucho respeto: "Madre, ya no es tiempo de esa clase de penitencias". Y obedeció. Cuando hacían las hermanas algo en su favor, como cambiarle algo de postura, que era siempre boca arriba, o darle alguna cosa, solía mirarlas sonriente y agradecérselo con palabras y, algunas veces, les cogía una mano y se la besaba con cariño"

Poco después la Madre Ángela le preguntaba:

- «¿Qué se ha de hacer de las cosas, papeles, escritos y demás de V. Rvdma.?»

- *«En la mesa del cuarto donde yo trabajo está»*.

Efectivamente allí encontraron, debajo del tapete rojo de la mesa de trabajo, un sobre usado en el que la Madre había dejado escrito a lápiz: "Recoja todos los papeles".

En un baúl grande -lo recordaba años después la H. Machiñena- fueron depositando ese sobre y otros muchos escritos: cartas, borradores, documentos… Con el paso del tiempo -y por causas varias- desaparecieron algunos, bastantes, de estos importantes papeles.

Hasta la enferma llegaba el murmullo de unas palabras repetidas una y otra vez: «Se nos muere». Ella aún tuvo fuerzas para decir: «*Si no es morir, me traslado de la tierra a la patria»*.

«Díganos algo», insistían ya en voz alta las hermanas. Se abría así, entre madre e hijas, un precioso diálogo a modo de despedida:

- «*Que sean buenas, hijas mías, muy observantes, y que lo hagan todo por Dios*».

- «Madre, ¿se olvidará de nosotras?»

- «*¿Cómo, hija mía, si las llevo a todas en el corazón...?*»

Tras un largo silencio tuvo lugar un tercer diálogo, breve pero, al igual que los anteriores, intenso.

- «Y ¿qué va a pedir por nosotras?», se atrevió a preguntar Josefa Uranga.

AGOSTO 1912

8 JUEVES

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Por la mañana, nueva junta médica. No eran capaces de hacer que la fiebre bajara. La Madre no se quejaba del insufrible calor, ni siquiera intentaba aliviarse destapándose un poco. "En medio de aquel calor abrasador estaba siempre cubierta hasta el cuello y, si se resbalaba algún tanto la ropa de la cama, con su mano derecha la subía o daba señas a las hermanas para que se la subieran". Podían más la modestia y el afán de asemejarse lo más posible a Cristo en el sufrimiento que su bienestar.

El médico ante el temor de que aparecieran llagas, dio orden de que la cambiaran de cama. Bajaron otro catre, colocaron éste a la derecha del primero y, con cuidado y mimo filial, no sin esfuerzo, y con miedo de que el movimiento acelerara la muerte, la trasladaron. Cuando finalizó el traslado aún tuvo humor la Madre Cándida para decirles. "Han hecho conmigo las últimas ceremonias". Y lo dijo -afirma Machiñena- "con tal naturalidad y gracia que nos hizo sonreír". A esto añade un dato estremecedor: "en la cama que dejó había pedazos de piel pegados a la sábana". Así era la Madre: paciente, sufrida, sin darse importancia ni hacerse notar en lo que de ella dependiera.

No se resignaban las hermanas a verla sufrir tanto; necesitaban, además, una ayuda especial de Dios, por eso no escatimaron medios humanos y divinos (dentro de sus posibilidades). Bajaron al barrio trastormesino de Tejares y de allí volvieron con el milagroso Niño de la Salud. A los pies de la cama lo pusieron, encima de ésta. Se le aplicaron varias reliquias recaudadas por distintos lugares de la ciudad, entre otras, una espina de la corona del Señor que mandó D. Jacinto Vázquez de Parga. Le dieron a beber, a cucharadas pequeñas -ya lo dijimos- agua de Lourdes, de San Ignacio, de San Alberto.

La Madre Fundadora se dejaba hacer.

- «¿Cómo está, Madre?, le decía bajito la enfermera».
- «*Usted sabrá mejor que yo»*. Se retiraba Machiñena para que la Madre no la viera llorar.

"En los ratos que no tenía visita no cesaba de decir, como en un susurro, jaculatorias. Ejercitábase también en especiales actos de conformidad con la voluntad divina y frecuentemente lanzaba fervorosos suspiros de amor de Dios e invocaba a la Santísima Trinidad, a la Virgen, a los santos de su devoción. Con la viveza de siempre le

no quería confesarse con él; perdió con él confianza, y la S. de D. acudió al Prelado y nos lo quitaron de confesor".

Algo de esto debieron hablar durante los diez minutos en que se quedaron solos pues, al salir de la habitación, D. Manuel dijo aún emocionado: "¡Qué mujer! ¡Qué clarividencia y qué santidad!". Esa era la praxis de la Madre. Siempre había atendido a quienes a ella se acercaban como si nada ni nadie fuese en ese momento más importante para ella. Ni aunque estuviera al límite de sus posibilidades. Como ahora lo estaba.

Comenzaron a llegar respuestas a las oraciones pedidas. Oraciones y reliquias. Las Madres Carmelitas envían la única reliquia que tenían de Santa Teresita aunque, "Tanto fue poner la estimada reliquia a la enferma, como sobrevenirle una fatiga que temíamos que se ahogara; pero después de un rato volvió a su estado normal".

Lúcida, previsora y responsable, la Madre Cándida hace testamento ante D. Jesús Firmat. Quería con esto evitar a la Congregación, el día de mañana, posibles problemas o dificultades.

La comunidad, como es natural suprime el recreo de después de comer; pasaron la hora de rodillas delante del Sagrario en oración intensa y confiada. Tras la cena comienzan una fervorosa novena "a la Sierva de Dios, Sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz".

Vuelven a quedarse con la enferma la Madre Vicaria, la superiora del Noviciado, la maestra de novicias y la H. Machiñena. También intentan quedarse con ellas toda la noche la Madre María Igarategui y la vicesuperiora de la casa, Madre Águeda Galdós pero, como la enferma parece encontrarse tranquila, a las doce de la noche se retiran estas dos últimas.

A María Igarategui le costaba aún creer lo que estaba viendo. Sólo dos días antes había llegado la Madre al colegio en una situación bien diferente. Entonces, el comentario de la H. Rosa fue compartido por toda la comunidad: "Al llegar al colegio parecía estar plena de salud; alegre y comunicativa como siempre".

Águeda Galdós estaba allí en su calidad de vicesuperiora de la casa. Había pertenecido al grupo de las hermanas que, en el proceso seguido por el Obispado a raíz de la denuncia presentada en él por Filomena Martínez en abril de 1892, había declarado contra la Madre Fundadora de forma negativa. La Madre nunca la hizo sentirse culpable. Ni a ella ni a las demás. "Perdonaba y olvidaba". Más aún, las trataba con especial solicitud y afecto. Ahora, en la mente de Águeda volvía a perfilarse una escena parecida vivida seis años atrás. "La Madre Antonia Robles, poco antes de morir, llamó a la Madre Águeda Galdós, que era la persona de toda su confianza y le dijo: -Madre Águeda, yo le encargo que sea muy sumisa a toda clase de superioras". Sumisa, cercana, cariñosa había sido desde entonces con la Madre Cándida. Además de valorarla, la quería. Las horas de vela pasadas esta noche junto a ella habían ratificado su pertenencia afectiva a la Congregación.

AGOSTO 1912

7 MIÉRCOLES

SANTOS SIXTO y CAYETANO

Comienza un nuevo día lleno de incertidumbre; mayor que la de días anteriores. La nueva consulta médica no ofrece remedio para tal enfermedad y se limita a recomendar a la enfermera las indicaciones prescritas desde el primer día. La Madre habla poco aunque se mantiene lúcida. Todas las hermanas quieren verla, acompañarla, pero reprimen las ganas de estar a su lado para molestarla lo menos posible. Aún así, espaciadamente, de puntillas, van "desfilando", una a una, por la habitación.

Tampoco hay recreo comunitario; aprovechan esa hora para hacer vela; aún esperaban que Dios hiciera un milagro.

Todavía no se habían atrevido a darle el Viático; "por tener engordecida la lengua y temer no pudiera pasar la Sagrada Forma". Fue el coadjutor de la parroquia quien propuso darle la mitad no sin antes consultarlo con la Madre.

- -¿Quiere recibir a Jesucristo, Madre Cándida?

- No una sino mil veces en este momento si pudiera.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando se inició la ceremonia. Con prontitud se colocó una mesa con un sencillo mantel y, en ella, el *lavamanos* para el sacerdote. Llegó éste y detrás toda la comunidad. Las hermanas, con velas encendidas, se colocaron en torno a la cama tratando de dominar la emoción que les producía la solemne ceremonia. Una escena que no se les borraría nunca jamás.

La Madre, con los ojos levemente entornados, respondía con serenidad y fervor, hasta con rotundidad, a cuantas preguntas le iba formulando el sacerdote:

- «¿Creéis…?» - «*Sí, creo»*.

- «¿Perdonáis…?» - «*Con todo mi corazón»*.

Conmovido también D. Manuel fraccionó la Sagrada Forma en dos partes y depositó una en la lengua de la enferma. Pendiente de todo, ésta afirmó que la había tragado; más aún, "pidió consumir el agua con la que el sacerdote había purificado los dedos", una prueba más del respeto sumo que tenía hacia todo lo que se relacionara con Jesús sacramentado.

Las hermanas ya no pueden más y estallan en las lágrimas. Para cortar un poco la tensión el coadjutor se dirige a la Fundadora y le pide: «Madre Cándida, estas hijas están inconsolables; dígales alguna palabra de aliento». Obedeciendo al mandato y con voz potente dijo: «*Hijas, tengan mucho ánimo, no lloren, anímense, hay que ser valientes*»

Estuvo también presente en el acto D. José Sevillano, el gran amigo y bienhechor de la Congregación. Antes, y como testigo junto con otro señor, había acompañado allí mismo al notario D. José de Prada.

Se quedaron velándola la superiora de la casa, la vicesuperiora y H. Rosa, la enfermera del colegio. Mucho les costó hacer que se retirara la H. Machiñena. Llevaba ya cuarenta y ocho horas de pie pero su descanso duró poco. No habían pasado ni dos horas cuando regresó a la habitación de la enferma asegurando que fuera de allí no sólo no descansaba sino que se encontraba peor. Después diría recordando su precipitada llegada al colegio el día 5: «Desde este momento hasta su muerte sólo dos horas me aparté de ella».

Durante muchos años se había debatido la H. Rosa García, la H. Rosita, entre "dos grandes amores". Por un lado, respetaba, veneraba, quería a la Madre Fundadora. Por otro, se inclinaba ante el carisma de la Madre Antonia Robles. La inteligencia, bondad, amabilidad y cercanía de la que fue su superiora varios años en el colegio de Salamanca, la atraían fuertemente. La "santa muerte" de Antonia Robles no aclaró su dilema afectivo. ¿Lo conseguiría la muerte santa de una fundadora santa? No inmediatamente. Victoriana de Santos testifica en 1980: «Cuando se instruyó el anterior Proceso de la Madre Cándida (1950) a la H. Rosa le costó mucho ir a declarar. Pero fue y se mostró contenta de haber ido».

Pasó una noche fatigosa. Se le presentó además, una fiebre altísima, "más de 40º, que no bajaba ni con la aplicación constante de balones de hielo en la cabeza que inmediatamente se derretían".

La enfermera cumplía a rajatabla lo ordenado en la junta de doctores: el Dr. Garrido y el médico de casa: el hielo, las sanguijuelas… Ella se dejaba hacer, sin quejarse ni demostrar impaciencia alguna. Si le daban alguna cosa, la recibía complaciente. Si le preguntaban "¿quiere esto o lo otro?", "como usted quiera", contestaba.

El médico intentaba encajar los síntomas de la enfermedad en la falta de quejas por parte de la enferma.

- «¿Le duele mucho la cabeza, Madre Cándida?»

- *«Sí, señor»*.

Sincera siempre pero, como siempre, mortificada.